

LA LUZ DEL PORVENIR

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—El infierno.—Un paso hácia el progreso.—Amor y fé.—Comunicaciones.

EL INFIERNO

I.

Ha dicho un escritor, (no recuerdo cual) que por mucho que el hombre invente, la realidad supera á todos sus sueños y delirios, sean estos en sentido favorable ó adverso; y es una gran verdad.

Muchos tomos en fólío se han escrito para pintar los horrores del infierno, y ha habido célebres poetas, que han tenido el mal gusto de describir el fondo de esos abismos, donde la eternidad del dolor era el único patrimonio de sus infortunados moradores.

Recuerdo que en Toledo celebran en el mes de noviembre, consagrado á las almas del purgatorio, espléndidas funciones religiosas, decorando las iglesias de un modo alegórico para impresionar á los fieles.

Por oír á un notabilísimo orador, asistí hace muchos años, durante el citado mes, á una de las mejores iglesias de Toledo: delante del altar mayor aparecía un trasparente de gran tamaño, en el cual un buen pintor había dejado la expresion de su privilegiada fantasía, pintando el purgatorio de un modo que hacía estremecer. Figuraban, en primer término, mujeres hermosísimas engalanadas con trajes de púrpura, y hombres arrogantes apurando la copa del placer, que miraban con estupefaccion como las serpientes de fuego que se enroscaban y retorcían sobre sus lujosas vestiduras, las destruían en breves segundos; y al sentir en la carne las terribles mordeduras de los reptiles, sus rostros se contraían, y gemidos horribles debían exhalar aquellas bocas entreabiertas.

Era aquel un lienzo admirable en su género, y yo lo contemplaba todas las noches largo rato antes que acudiera la muchedumbre: detrás de él colocaban las luces necesarias, destacándose las figuras en aquel fondo luminoso con tanta propiedad, que se hacía uno la ilusion de oír los gritos de los condenados y sentir el calor asfixiante de aquellas llamas rojizas.

II.

Una noche que llovía á torrentes, acudieron pocos fieles á la iglesia, y así tuve más tiempo de contemplar á mi sabor el cuadro del Purgatorio. El orador, antes de subir al púlpito, tenía la costumbre de arrodillarse delante del altar mayor en ademán de rezar algunas oraciones; y como aquella noche la concurrencia era tan escasa, el bueno del predicador no tuvo mucha prisa de subir á la cátedra del Espíritu Santo, permaneciendo de hinojos más de media hora delante del célebre cuadro. Yo estaba sentada muy cerca de él, en la primera grada del presbiterio, y aproveché

aquella ocasion para estudiar en su rostro lo que casi había adivinado en la inflexion de su voz, ora dulce, melancólica, apagada como el eco lejano de un suspiro, ora vibrante y lleno de pasion.

No era de esos predicadores que dan golpes en el ante-pecho del púlpito y maldicen los adelantos de la ciencia; antes muy al contrario, hablaba del progreso con verdadero entusiasmo, dejando además adivinar que se dejaba mucho por decir: compadecía á los pecadores y describía las penas morales y el fuego reconcentrado de los recuerdos mucho más que los tormentos corporales.

Habiendo podido contemplarle de cerca y detenidamente, iluminado por los vivos reflejos del altar, observé que era un hombre de figura ascética, delgado y macilento, con grandes ojos profundamente hundidos, brillantes como carbunclos; su frente, espaciosa; sus mejillas, pálidas y enjutas; su boca, plegada por una de esas sonrisas indefinibles, que parecen revelar el martirio interior del alma, hacían de aquel hombre un tipo especial, especialísimo.

Postrado en tierra, con las manos cruzadas sobre el pecho, rezó algunas oraciones. Después emudeció, y se quedó mirando atentamente el cuadro del Purgatorio. Yo tambien miré al lienzo, y por primera vez me parecieron sus figuras pálidas y vulgares, sin expresion ni sentimiento: mirando el rostro demacrado del sacerdote, veíase dibujado en él tan profundo, tan inmenso sufrimiento, que todo palidecía ante la expresion de aquel dolor verdaderamente sobrehumano.

No sé cuanto tiempo hubiera permanecido abismado en sus recuerdos, si no se le hubiese acercado un sacerdote para recordarle que los fieles le esperaban. Estremeciéndose convulsivamente, se pasó la mano por la frente, y subiendo á la tribuna pronunció el sermon mas elocuente que yo he oído sobre la caridad.

III.

Desde que me convencí que aquel hombre sufría, me fué mucho más simpático, y donde quiera que él predicaba iba yo á oírle; con lo que conseguí entrar en relaciones con su familia, compuesta de dos ancianas hermanas de su madre, y una sobrina casada que tenia un enjambre de chiquillos. Por la sobrina supe que su tio era bueno, buenísimo, pero de un carácter raro hasta la extravagancia: no salía de su cuarto, ni aun para comer; la familia no disfrutaba nunca de su compañía; siempre leyendo, apenas hablaba con sus deudos, pero si alguno caía enfermo, era el primero en sentarse á la cabecera de su lecho, sitio que no abandonaba más que para cumplir con sus obligaciones. A pesar de su sistemático aislamiento, era cariñosísimo con los niños y con los ancianos.

Estas noticias despertaron mas mi curiosidad y mis simpatías por el padre Antonio, con quien no tuve ocasion de hablar sino una noche al morir uno de sus sobriños, hermoso niño de cinco años.

El pequeñuelo reposaba con el último sueño. Toda la familia estaba rendida de cansancio, después de dos meses de continuos sufrimientos, y sólo el Padre Antonio había permanecido firme en su puesto velando al niño que solo de él tomaba las medicinas.

La noche que se murió, fué una de las que yo me quedé, acompañando á su pobre madre, que estaba tambien enferma de gravedad. En el momento de expirar el pequeñuelo, me encontraba junto á su cuna con el Padre Antonio, que, cerrando sus ojos con apasionados besos y levantando la cabeza, me dijo con dulzura:

—¡Dichoso él!

—Un ángel mas en el cielo ¿no es verdad, Padre Antonio?

—Un desgraciado menos en la tierra. ¡Si á su edad yo hubiera muerto!....

—De cuantas amarguras se habría librado su alma!

El Padre Antonio me miró con atención, y enmudeció; pero yo, queriendo aprovechar una ocasión que quizá no se me volvería á presentar, le dije:

—Aunque usted se calla, yo adivino su sufrimiento: yo sé que es usted inmensamente desgraciado: usted mismo me lo ha dicho.

—¡Yo!... ¿Cuándo?... no recuerdo.

—La noche que rezó usted más que de costumbre delante del cuadro de las ánimas. Su semblante revelaba más angustia, más desconuelo, más desesperación que el de todos aquellos pecadores que se retorcian en el Purgatorio.

—Tiene usted razón. Ellos figuran estar en el Purgatorio, mientras que yo realmente vivo en el infierno. Yo no sé si usted ha amado alguna vez; lo que no me cabe duda es que sabe leer en el alma, cuando ha leído en la mía; en la mía, que trato de ocultar con tenaz empeño: por esto velo mis ojos para que no me delaten. Es verdad; sufro horriblemente. Sin vocación fui sacerdote: mi familia era muy pobre; si yo no seguía la carrera sacerdotal, perdía la pingüe renta de una capellanía, y por asegurar á mis padres su bienestar, ahogué los gritos de mi corazón.

Durante algún tiempo viví tranquilo viendo á mis padres libres de la miseria, cuando en mal hora me nombraron confesor de las monjas de..... (el nombre del convento no hace al caso) y allí..... allí conocí á una mujer, hermosa como la sueña el deseo, cándida y buena, como las buenas madres quieren que sean sus hijas. Ver nos y amarnos con delirio fué obra de un segundo. Concertamos la fuga, y cuando un buque nos iba á llevar lejos de España, cuando aquella mujer adorada se creía feliz fuera de su prisión, unos brazos de hierro la arrebataron violentamente de los mios, para sepultarla en el convento donde habia pronunciado sus votos. Yo fui severamente reprendido; estuve preso algún tiempo, y después me relegaron á Toledo, donde vivo muriendo. El recuerdo de aquella mujer es mi gloria y mi infierno: mi gloria por su amor; mi infierno por el remordimiento que me causa su inmensa desventura.

En aquel instante vino el padre del niño á ver como seguía su hijo, y al encontrarlo muerto, lloró como era natural.—No te llores—exclamó el Padre:—que, muerto, estás seguro de su felicidad; vivo..... vivo..... hubiera estado muy cerca de caer en el infierno; y en el infierno..... créeme, se vive muy mal.—Y saliendo precipitadamente, se encerró en su aposento, donde debió dar rienda suelta á su llanto, pues se le oyó sollozar durante algunos segundos.

IV.

Causas imprevistas me hicieron salir de Toledo dos días después de haber hablado con el Padre Antonio, al que no he vuelto á ver ni creo que veré mas en la tierra: casi tengo la certidumbre de que debe haber dejado este planeta.

El fuego que irradiaban sus ojos habrá carbonizado su corazón. El suplicio en que vivía aquel hombre era superior, muy superior á las débiles fuerzas humanas.

¡Recordar á un ser adorado, saber que si vive, vive sufriendo una penitencia horrible! ¡Ah! cuántas víctimas han hecho los votos religiosos!

Tienen razón las religiones al decir que existe el infierno, porque ellas lo han creado. Los conventos son los insondables abismos, las regiones infernales, donde se truncan todas las leyes de la naturaleza.

Dijo un poeta, que, ante la horrible tempestad del alma, ¿las tempestades de la mar, qué son? Lo mismo se puede decir ante el infierno católico: ¿Qué es el cuerpo atormentado por el fuego, ante el suplicio del espíritu que vive asfixiándose torturado por horribles recuerdos?

¿Qué son esos condenados vulgares que pintan rodeados de llamas, ante un rostro demacrado por el sufrimiento? ante unos ojos hundidos, ante una de esas amargas sonrisas que cuentan una larga historia de dolor?

El infierno que llevan algunos seres dentro de sí mismos, encierra más horrores que todos los creados y por crear. El verdadero infierno del hombre es la desesperación.

ANALIA DOMINGO SOLER

UN PASO HACIA EL PROGRESO

Hará próximamente un lustro, cuando mi entendimiento completamente ofuscado por un cúmulo de ideas contradictorias absorbidas en el manantial católico, haciame vagar por anfractuoso sendero, al igual que el piloto cuando en noche de borrasca, y sin brújula, navega al acaso por los dilatados y pavorosos mares á merced de las potentes ráfagas de viento que hacen crujir el maderaje del buque, sin serle dable dar á este un rumbo que le condnzca á un puerto seguro, para ponerle á salvo de los furoros de la desencadenada tormenta.

Siguiendo desde mi niñez el derrotero que me indicaban con el ejemplo y el consejo los autores de mis dias, practicaba e crupulosamente los ritos que prescribe la iglesia de Roma sin parar mientes en su eficacia, obrando inconscientemente atraida tan solo por la comodidad que ofrece la imitación. Consecuencia de lo cual era el vacío que me notaba sin saber comprender ni explicar, hasta que mi queridísimo compañero, el hombre al que me unen lazos indisolubles, con entusiasmo inaudito y fé inquebrantable, me hizo al fin abrir los ojos á la luz, y contemplar con estupefacción imponderable la opacidad que circundaba el lugar que acababa de dejar tras de mí.

A partir de la fecha en que mis ideas sufrieron cambio tal, á consecuencia de haber despertado mi inteligencia de la perenne apatía que la tenia sujeta al yugo del dogma, he leído con fruición indecible los bellísimos conceptos emitidos en periódicos y revistas libres, aunque cristianas, fortaleciendo mis nuevas creencias los torrentes de efusion esparcidos en las páginas de aquellas, y emanados de privilegiados talentos que honran el sexo débil al que pertenecen, luchando cual titanes por la causa de la libre idea, indicando con el ejemplo el trazado que ha de seguir la mujer, si ambiciona salir de las densas y asfixiantes nieblas en que gime, y llegar á la cima donde la trasparente diafanidad hace entrever nuevos mundos, dejando en las profundidades de la sima los tutores del pensamiento que son los que la envilecen.

Sí, yo he absorbido con febril ansiedad la verdadera doctrina con tanta brillantez manifestada en «Las Dominicales del Libre-pensamiento,» por la inimitable escritora Rosario de Acuña, que con entereza digna del mayor encomio, hace tremolar en su diestra la bandera de nuestra redención, sin preocuparse de las inficionadas diatribas que á menudo le dirijen sus detractores. He estudiado detenidamente en «El Buen Sentido» los magistrales artículos debidos á la varonil pluma de mi distinguida amiga Carmen Piferrer, que cual entendido y esforzado campeón marcha á la vanguardia de los soldados del progreso, sin que la intimiden los escollos interpuestos á su paso por la gentecilla ultramontana. He leído con preferente atención innumerables y admirables escritos de la incansable obrera de la inteligencia Amalia Domingo, y de otras notabilidades femeninas que forman la hermosa pléyade de heroínas, que cual centellante faro nos alumbran con sus mágicas producciones; y me han hecho tanto bien, como á la llama del candil cuando languidece por falta de aceite y de improviso le rellenan el depósito del mismo sintiéndose renacer con más fuerza el foco de su luz. Si; yo tambien languidecia paulatinamente cual una ética, y cuando comprendí el verdadero cristianismo, infiltrado en mi alma por una arraigada convicción, la sávia de una nueva vida nutrió mi sér, y desde ese bienhadado momento en el que

comencé á razonar con prioridad á cualquier acto por mi llevado á cabo, considero la enorme responsabilidad que contraen ante Dios y la humanidad los que se esfuerzan (valiéndose algunas veces de medios reprobados por los principios de justicia) en que prevalezca la ignorancia para que así continuen las inteligencias dormidas y puedan imperar los dogmas que son la síntesis de todo fanatismo religioso, á la par que el sostén de sectas caducas, maleadas por los que en el orden de su explicación ocupan el lugar secundario.

Aprended pues con el ejemplo mujeres católicas; rasgad la venda que circunda vuestro pensamiento, si anhelaís gozar de las delicias que proporciona el no tenerlo sujeto al apático formulismo. Despertad del profundo letargo en que yaceis privadas completamente de poder contemplar las maravillas inherentes á una inteligencia emancipada, y á los autores de vuestro amodorramiento, decidles. Queremos hacer uso de nuestra razón antes de creer como á indiscutibles verdades, lo que nos presentais para que acatemos sin que nos permitais valernos del indiscutible derecho que nos asiste para analizarlo. Queremos salir de las lobregueces innatas al servilismo, y pedimos en nombre de la caridad y de la justicia, más libertad dentro de aquella para que nos podamos remontar al nivel que nos corresponde, despues de rotas las ligaduras que en la actualidad nos oprimen sin piedad. Y como quiera que vuestras tendencias han sido y siguen siendo contrarias á que se razone sobre lo que predicais, y en asentir á nuestro ensalzamiento, dando pábulo á la murmuración de si es por temor de que se os conozcan con más causa los fines de vuestro singular proceder, dejamos de pertenecer á una escuela tan amiga de la oscuridad, para asociarnos de verdad á la racionalista, que es la antítesis de aquella.

Ese, ese ó parecido razonamiento habeis de oponer con resolución inquebrantable, á las insulceses de esos ensoberbecidos y empurpurados que se titulan representantes de una religion de Paz y Caridad, y al propio tiempo proferir al unósono un grito para reivindicaros de los furibundos ataques de tan alucinados enemigos, y que los ecos al repetirlo, hagan percibir al oido de aquellos estas ó parecidas palabras ¡¡Creencias!! ¡¡Creencias!! pero sin prácticas visibles, para que la generacion futura no se avergüence de su predecesora, al comparar el grado de civilizacion y cultura de ambas.

RAMONA SAMARÁ DE DOMINGUEZ.

Artesa de Segre Enero de 1888.

AMOR Y FÉ

Justifícame tu fé y hallaré cuerdas tus esperanzas, me dijo una voz consoladora, dulcísima, riente, respondiendo á mi triste acento. La fé es la vida, el aliento, el símbolo del amor. La fé se canta en las noches perdurables del dolor como canta el poeta sus amores y el corazón sus alegrías. Ella es la maravillosa hada de la tierra que surge vaporosa de entre el preñado ambiente de las nieblas para ponerse tranquila en la indecisa luz que proyectan nuestros pensamientos. Anda, nos dice; anda por el anchuroso océano del mundo y redime tu esclavitud de un día que yo te acompañaré siempre y alentaré el estertor de tus agonizantes esperanzas. Yo soy robusta, vigorosa é imperecedera. Quien de mi vive mi vida tiene toda entera y tendrá como yo por dosel el infinito, por escabel el anillo de todos los universos. Santificad mi esencia, almas moradoras en la tierra que yo peregrinaré gustosa por estas latitudes mientras sus alboradas tengan mantos sombríos y viertan el rocío de sus fúnebres colores. La fé se justifica con apoyo de la razón, con juicio de la libertad, con la conciencia del deber. Vivifica su grandeza porque el áura de su poder crea la fuente de los querubines y humilla la altivez del orgulloso. Deleita su emanación porque se exhala de la admirable unidad que dá vida al unísono de todas las voluntades destrona el egoísmo y destruye la vanidad. Los héroes del martirio la entronizaron y desde entonces callaron sus maldiciones las voces de los desesperados y en

tono más suave cantaron la nueva sávia de la vida. Con todo la fé siguió gimiendo por algunos proscritos de la alianza y fué á sentarse al borde de una tumba: allí encontró á unas mujeres, hijas siempre del sentimiento, y viéndolas llorar les preguntó: *¿Qué buscáis aquí; por qué sollozais desoladas al pié de una losa inanimada y yerta? «¡Todo lo hemos perdido! Nada esperamos encontrar. Este es solo un refugio que tiene depositados los restos de los que nos fueron amados. La muerte destruyó nuestras alegrías...»* Callad, desgraciadas. Esta es la puerta de oro que nos lleva á otra vida mejor; es la llave que nos abre el secreto de un imperio reservado á nuestros merecimientos; es una etapa no mas de las diferentes fases de nuestra existencia; porque es una la vida, inmortal é incorrutable. *¿Llamais muerte á lo que es solo una metamórfosis, un cambio, una evolución? —¿Quién eres? le preguntaron —Soy la fé; el hálito de una pasión inmortal; el purificador de las almas. Acojedme y revivireis en mi seno.—Ayúdanos, génio bendito.—Repetid conmigo estas palabras: Dios mío, único, eterno y misericordioso; tu que inflamastes nuestros corazones con el purísimo fuego de un amor sin límites, envíanos tus espíritus para que alimenten esta sagrada llama y fortalezcan nuestra existencia con el beso de la esperanza y el consuelo de la fé. Por ti somos, en tí vivimos y para tí continuaremos siendo por los siglos sin fin de eternidades.*

II.

Justifícame tu fé y hallaré legítimas tus esperanzas, siguió diciéndome la misma voz. Aquí en mi corazón se desarrolló el fruto de una preciosa simiente. Era el amor en germen que latía lozano en sus pristinas combinaciones. Creció, creció y llegó á multiplicarse en las variadas ramificaciones de sus injertos y estendiendo las ramas de su estructura individual invadió el recinto que le coronaba. Era la flor de la vida, el encanto de ella que es el amor. Amor querido, corazón mío le dije; asómate en el reflejo de mis miradas y absorbe la luz de los espléndidos soles; súbete á la altura de mis pensamientos y abarcarás la techumbre de los cielos; difúndete en el calor de mis venas y sentirás el fuego de otra vida sensorial, palpitante, estremecida. Poseionada de sus afectos la idea del sentimiento surgió batalladora en el cáliz de su esencia y ese líquido ha corrido fecundando las áridas vertientes sin cultivo y sin pastor. Hanse agotado las fuerzas y desgajado el tronco marchitándose todas las flores. Han muerto sin perecer porque las sombras helaron la exhuberancia de sus climáticas; pero hay vergeles de delicias, eliseos de ventura donde pasan sin deslencos los secretos impulsos de las almas. Espíritu impalpable, inmortales espíritus que sacudisteis con violencia el árbol donde crecieron las siemprevivas de mis recuerdos; si las huellas de este devastamiento purgaron mis faltas anteriores, yo os bendigo en mis lágrimas, en mis suspiros y en el anonadamiento de todo mi ser. Vosotros los que me engañasteis y me mentisteis; tu que hicistes mofa de mi dolor y prolongastes mi martirio con el ensañamiento de tus crueldades, á todos os perdono y os volveré á amar; mas los ecos de mis ayes repercutieron en las sinuosidades de las colinas y no pasarán mis quejas como una oración por los labios del escéptico.

III.

Justifícame tu fé y hallaré firmes tus convicciones. Torrentes de lágrimas corren por las vastas llanuras de la tierra serpenteando por las difíciles encrucijadas y arrastrando su cáuce bramador los destrozados girones de mil corazones heridos. *¿Por qué lloran los mortales? ¿por qué atronan los espacios con lastimeros gemidos semejando el seco y terrible grito del desesperado en un desierto? ¡Ah! es que la blasfemia, el escepticismo y la indiferencia se agitan en el seno de una sociedad legislada por el poder de una fantasía sofisticada; porque la duda corroe sus entrañas y su áspid venenoso dá la muerte á los infieles y tumba á sus pedagógicas esperanzas. La necesidad es apremiante; urge una reforma ¿Qué hace falta, pues? El panegírico de una agrupación que cimente un edificio nuevo sobre terreno vírgen; que escriba su código inspirándose en las leyes de la conciencia y haga indisoluble la sociedad y la familia disolviendo de su atmósfera los elementos del derecho. Hay que confesar*

tambien que á la *casualidad sapientisima* debemos la mas hermosa concepcion y mas armónica que *no han hecho los humanos*, y que el parangon de ese *agente inesperado* es el formalismo mas visible que ha podido concebir la gravedad del hombre. Aceptada la idea del Ser infinito de los mundos se rehabilita la criatura y tiene luego conciencia de sus filológicas condiciones; viene despues *ipso-facto* el naturalismo de la convencion y al conocimiento de la panteología sucede el desprestigio de las farsas sociológicas y religiosas.

Indefinible voz de todos los instantes que has clamado en las tardías horas de mis noches; si no eres un fantasma de ardiente creacion, llégate á mi envuelta en el ropaje ligero de concepcion celeste y dame tus besos de oro á cambio de la fé que he creído ofrecerte. La fé y el amor son dos tiernas elegías que se cantan en las florestas de otros mundos; por eso elevé mi vista al cielo cuando sus ecos se perdieron en los umbríos bosques de la tierra.

EUGENIA N. ESTOPA

COMUNICACIONES

Hermanos míos: Varias han sido las esplicaciones hechas por teólogos y filósofos eminentes sobre el asunto que os preocupa en lo concerniente al Papado y su significacion, asi como las palabras dichas por Jesús á Simon el Pescador, ó sea Simon Pedro que fué al que le dejó el encargo al abandonar Jesús el Planeta, de continuar y esparcir la luz de su doctrina por el mundo.

Jesús le dijo á Simon, tu eres Pedro, sobre cuya piedra edificaré mi doctrina, edificaré el Templo de las virtudes que he recibido del Padre, y Pedro efectivamente fué el sostén de esas enseñanzas, y en union de sus compañeros salieron por la tierra enseñando á todos los seres las sabias y hermosas doctrinas de Cristo.

De esto podeis deducir que Pedro y sus compañeros no pudieron tener residencia fija y por lo tanto Roma no pudo ser silla apostólica fundada por Pedro, ni Pedro tampoco fué Papa como aseguran los católicos, pues el papado tuvo origen algunos siglos despues.

Las palabras siempre alegóricas de Jesús á Simon cuando le dijo, lo que en la tierra «atares en el cielo será atado» y lo que desatares igualmente será desatado: indican que en la sublime inteligencia de Jesús que hablaba siempre en parábolas, por no serle permitido otra cosa, pues en su elevada inteligencia quiso dar á entender que como Simon era el depositario de sus hermosas enseñanzas, él las distribuiría entre la humanidad en partes relativas y segun el adelantamiento, ó retroceso de los espíritus, y que lo que él enseñare serviría, si era bien practicado, en el espacio para el bien espiritual de los seres que con fruicion y conocimiento natural lo hubiesen acogido, asi como los que no lo recibiesen en esas condiciones, y teniendo ojos no quisieran ver y teniendo oidos no quisieran oir, sufrirían su prueba en la oscuridad, que sabeis les espera á esos desgraciados espíritus que rebuyen el bien y las virtudes, y simpatizan con el vicio y la desmoralizacion.

Cuestion es esta hermanos míos, que han tratado muchos Téólogos y cada uno lo ha hecho á su manera y segun sus grados de inteligencia, pero que siempre queda dudoso, sino queda oscurecida por las conveniencias sociales las mas veces y otras por las conveniencias y egoismos de las religiones positivas. Si Jesús hubiera querido dar á sus palabras el sentido que quieren darle hoy los ministros de esa religion, entonces Jesús habria de sobreponerse al Padre celestial, y Jesús sabia como Pablo que todos los hombres son falaces, y que solo existe la veracidad donde existe la infinita sabiduria, en Dios.

Con esto creo quedareis convencidos de las dudas que aun pudierais tener sobre esta materia histórica-religiosa-moral.

Juan Evangelista

Medium J. G.

¿Por que temeis tanto á la llamada entre vosotros muerte, humanidades encarnadas en ese planeta tierra? ¿Por que sentís á la idea de perder la vida material un terror tan espantoso que hace que algunos pierdan la razon á la presencia de, esa muerte, que no es otra cosa que el desenlace natural de una de vuestras múltiples existencias?

Temeis pobres hermanos míos y con razon, por que no teneis nociones de lo que se oculta tras de ese velo que suponeis impenetrable que envuelve vuestro destino despues de que el espíritu abandona vuestra ruin materia: Razon teníais al horripilaros cuando tanto ignorabais en asunto de tal cuantía, cual es la salvacion eterna, ó la eterna condenacion de que tanto os hablaban la ignorancia y la supersticion.

Sabed pues, que cuando el espiritismo haya enseñado á todos que el destino que nos reserva nuestra vida de ultratumba, es el que nosotros nos hemos querido labrar con nuestras obras, todo cambiará de aspecto, por que cambiará nuestra manera de pensar, de sentir y por lo tanto de obrar; siéndonos entonces halagüeña la esperanza de morir, pues sabremos que no iremos mas que á cosechar el fruto de nuestras buenas obras.

Cuando tengais plena conviccion de que la muerte no es la conclusion de todo, sino el desenlace y la renovacion natural del organismo humano; cuando sepais que no habeis concluido de ser, sino que por el contrario empieza vuestra verdadera vida, que es la vida de espíritu libre; no os espantará por cierto el morir, y os espantará menos, por que entonces practicareis ya las sublimes doctrinas de amor y caridad que os enseñan vuestros hermanos en espíritu, adquiriendo por lo tanto la certidumbre, de que Dios en su justicia os ha de colocar en el altar de vuestros propios merecimientos.

¿Cuando uno de vosotros ahí en la tierra mora casa de un amigo ó principal, y se despide con la posibilidad de tener que volver despues de un periodo mas ó menos largo, no procura por todos los medios que estan á su alcance portarse bien; conducirse con prudencia para que por sus obras lo estimen á su regreso, y no cerrar las puertas como vulgarmente soleis decir? Pues bien, cuando sepais que volvereis varias veces á este planeta, habreis de cuidar de mejorar vuestras costumbres, de llenar vuestros deberes de amor, caridad, piedad é indulgencia, para encontrar en lugar de una senda sembrada de espinas y abrojos, una mansion de bienestar constituida sobre la veneracion y respeto que merece todo aquel que procura el bien general.

Un espíritu familiar.

Medium CLOTILDE.

Yo señora indolente y perezosa
A mis siervas mandaba con rigor.
Yo nunca me cuidaba de sus quejas,
Yo nunca me dolí de su dolor.

Yo dezprecié al humilde como á necio,
Del pobre me apartaba con horror;
Yo al rico regalaba mis preseas
Y al triste jamás di consolacion.

¿Será por eso por lo que hace un siglo
Que vivo sola?... no, con mi dolor;
Decídmelo por Dios, que yo os prometo
Reparar si es posible tanto error.

Cuenca Enero de 1888.

UN ESPÍRITU QUE SUFRE.

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.